

LIBRO SEGUNDO

I

Pareció que el espíritu de Mahoma le sobrevivía y apagaba las rivalidades que debía minar su obra, dividiendo á los que pretendian sucederle. Su alma los gobernó algun tiempo despues de su muerte. La fé, el zelo, la abnegacion de toda preeminencia personal sofocaron la ambicion de los imanes. Inmolaron piadosamente todo sentimiento humano en aras de la parte divina de la mision del profeta: la abolicion de la idolatria, la adoracion del Dios único.

Apénas fué Abubekre nombrado kalifa, es decir

vicario ó sucesor del profeta de Dios (Kalifet resul Allah), mandó á los combatientes árabes de Medina, reunidos para una expedicion contra Siria, que marcharan para ejecutar la orden póstuma del profeta.

Omar, que habia sido el nombrado por Mahoma para capitanear esta expedicion, vacilaba en obedecer, temiendo que la ausencia de Medina de los mejores soldados del islam durante la agitacion causada en Arabia por la desaparicion del profeta, comprometiera la ciudad, la religion y el gobierno del kalifa. Pintó con vivos colores este peligro á Abubekre. Pero el kalifa, indignado lo cogió por la barba y le echó en cara la poca fé que tenia en las promesas del revelador : « No, dijo, aunque debiera sucumbir Medina por la invasion de animales feroces, no revocaré una orden dada por el profeta. Es menester que su voluntad se cumpla despues de su muerte, como se cumplia durante su vida.

Partió el ejército bajo el mando del jóven Uzama, nombrado por Mahoma jefe de la expedicion á pesar de su inexperiencia. Abubekre acompañó á las tropas hasta que hicieron su primer alto, á caballo, al lado del jóven general, para que lo respetara el ejército. En el momento en que se separaba de él para volver á Medina : « Desearia, le dijo con respetuosa deferencia, guardar conmigo á Omar para que me

aconsejara en los peligros que puede correr Medina con la ausencia de sus principales guerreros. Considera si puedes dejarme á Omar sin inconveniente. »

Uzama consintió al punto en dispensar á Omar de hacer la campaña. Entónces, mandando Abubekre formar círculo al ejército en derredor suyo : « ¡ Guerreros del islam, dijo, paraos un instante y escuchad con atencion los preceptos que voy á promulgar para que los cumplais en tiempo de guerra ! ¡ Pelead con valor y lealtad ! No useis jamás ardidés ni perfidias contra vuestros enemigos ; no mutileis á los vencidos : no mateis á los ancianos, á los niños ó á las mujeres ; no destruyais las palmeras, no queméis las cosechas, no corteis los árboles frutales, no degolleis los animales, sino cuando sean necesarios para vuestro sustento. ¡ Encontraréis en vuestro camino á hombres que viven en la soledad y en la contemplacion del Dios que adoran, no les hagais ningun daño ni los injuriéis ! »

De esta inviolabilidad de los débiles y de los ermitaños en tiempo de guerra, solo exceptuó á los que fanatizaban á los pueblos contra la doctrina de la unidad de Dios.

Esta alocucion del jefe reputado bárbaro de una horda de beduinos del desierto contrasta hoy mismo, por su tolerancia y su humanidad, con los manifiestos

de guerra de los generales de una religion mas fraternal y de una civilizacion mas avanzada.

II

Sin embargo, como lo habia previsto Omar, la noticia de la muerte de Mahoma, que la supersticion popular creia dotado de vida inmortal en la tierra, hizo lanzar el primer grito de incredulidad á los árabes. « ¿Cómo podria haber muerto, si hubiera sido verdadero profeta? » decian. Y un gran número abjuró su fé. La Meca se sublevó contra el gobernador de Mahoma, llamado Attab. « Mahoma ha muerto, dice Attab á los rebeldes, pero su fé subsiste, y su imperio va á extenderse, y él os exterminará. » Las tribus del desierto flotaron en la incertidumbre y la anarquía; falsos profetas las recorrieron para heredar la veneracion y la autoridad de Mahoma. Por espacio de algunas semanas hubo tantos partidos como tribus. Estas tribus estrecharon á Medina y enviaron diputados á la ciudad á declarar no pagarian en lo sucesivo el tributo. Omar y los políticos de Medina,

convocados á un consejo por Abubekre, opinaron que se debía contemporizar y transigir mientras volvía el ejército para que restableciera la autoridad del kalifa. « No, no, exclamó de nuevo el inflexible Abubekre, la ley nos prohíbe tratar con los que abjuran y dudan del auxilio que envía Dios á los que pelean por él; aunque me viera obligado á combatir solo esos torbellinos de rebeldes, haria como el profeta que no ha contado nunca sus enemigos. »

Confundidos los políticos por el fanático, se avergonzaron de su debilidad y despidieron al negociador de transacciones. « Abubekre, exclamó Omar, tiene mas fé que todos nosotros juntos. » Se peleó. Vencedor Abubekre, rechazó á los revoltosos hasta el desierto y los hizo perseguir por sus ginetes. Los fugitivos inventaron una estratagema que los puso á cubierto de los sables de los musulmanes. Hincharon algunos odres de viento y los llevaban arrastrando con cuerdas largas. El aspecto insólito y los botes retumbantes de los pellejos hacian encabritar á los caballos y asustaban á los camellos del ejército de Abubekre. Los animales espantados se llevaron á los ginetes y á los camelleros hácia Medina. Pero otras muchas victorias alcanzadas por Abubekre restablecieron el prestigio del kalifa. Triunfante pues el ejército de Uzama dobló sus fuerzas al entrar en Me-

dina, subyugó todo el territorio al rededor del Nedjed.

Pero mientras que triunfaba así en el fondo de la Arabia, una mujer árabe de la Mesopotamia, llamada Thejiah, se declaraba poseida del espíritu profético, y sometiendo los árabes de la Siria á sus inspiraciones, marchaba á la cabeza de un ejército fanatizado por su elocuencia y por su belleza contra el Yemen.

Mosseilamah, que se habia erigido tambien en profeta, temiendo ver á su provincia sumergida por aquella invasion, se encerró en la ciudad de Hedjer, desde allí envió presentes á la profetisa y le pidió una conferencia para tratar de la paz. Para esta entrevista se plantó una magnífica tienda entre la ciudad y el campo. El general rebelde y la jóven guerrera conversaron sin testigos durante una parte del dia. Un matrimonio selló la paz. Thejiah adoptó la fé de su marido y llevó á Siria sus tropas cargadas de despojos. Su matrimonio con Mosseilamah no alteró ni el prestigio que la rodeaba, ni la obediencia que tenian á esta sibila. Vivió y murió en paz en medio de las tribus que habia guiado á la victoria.

III

Abubekre sometió lo restante por medio de sus tenientes. Khaled, uno de los mas valientes, recorrió la Arabia destruyendo y perdonando alternativamente. Uno de los caudillos rebelados, llamado Malik, marido de una de las mas hermosas del desierto, que Khaled habia amado en otro tiempo, se sometió y solicitó su perdon. « Desenvainad el sable, dijo Khaled á sus ginetes. » La mujer de Malik, llamada Leila, se arrojó á los piés del vencedor, con el rostro descubierto y los cabellos tendidos, para implorar por la vida de su marido. « ¡ Ah! exclamó el desventurado Malik, viendo que su mujer mostraba sus hechizos, he ahí la verdadera causa de mi muerte! — La causa de tu muerte, replicó Khaled, es tu abjuracion de la fé del profeta; la mano de Dios te hierre, no la mia! » Y la cabeza del marido rodó á los piés de la mujer.

Al dia siguiente desmintió sus palabras casándose con Leila, viuda de su víctima. El ejército lanzó un grito de indignacion; muchos desertaron y fueron á

acusarlo á Medina. « Ha asesinado prisioneros, y ha dado muerte al marido para casarse con la esposa, dijeron á los que rodeaban al kalifa. Omar lo conjuró á que castigara al culpable. « No, dijo Abubekre; yo repararé los males que ha causado, pero no volveré á la vaina la espada que el mismo Dios ha sacado contra los infieles.

Pronto entró Khaleb vencedor en Medina para disculparse con el kalifa. Su túnica se habia ennegrecido con el roce de la coraza y de las armas; su turbante estaba erizado con las flechas que lo habian herido en los combates. Algunos grupos de musulmanes, indignados de su crueldad, lo aguardaban á las puertas de la ciudad. Al verlo Omar no pudo contener su cólera, echó la mano al turbante de Khaled, arrancó de él con desprecio las flechas, y las hizo pedazos sobre su rodilla. « ¡Aquí estás al fin, tú que has dado muerte á un musulman para gozar de su esposa! le gritó; no será culpa mia si no eres apedreado por haber deshonrado la fé del profeta! » Bien se vé cómo la supuesta ferocidad de Omar es una preocupacion histórica de los cristianos de Siria, desmentida por sus actos y sus palabras en Medina. Khaled no quiso responder nada hasta tanto que recibiera por boca del kalifa su condenacion ó absolucion. Al salir de su conferencia, absuelto por Abubekre, se di-

rigió con aire insolente hácia Omar. « Hijo de Oumm Schamla, le dijo, ¿tienes ahora algo que echarme en cara? Omar calló á su vez, no atreviéndose á castigar lo que el kalifa habia perdonado. Pero no dejó de acusar la inhumanidad de Khaled.

IV

Abubekre lo envió, dándole nuevos refuerzos, á subyugar el resto de los rebeldes. En una de aquellas batallas, Leila, mujer ahora de Khaled, segun se ha visto, salvó á un prisionero del sable de su marido, recibéndolo en su tienda. Al dia siguiente fué atacado el campamento de Khaled por un peloton de caballería. Los ginetes entraron con el sable desenvainado en la tienda de Khaled é iban á descargar sobre Leila, cuando el prisionero protegido por ella se convirtió en su protector.

Vencedor Khaled al cabo de la jornada, dejó tendidos en el campo diez mil cadáveres de sus enemigos. El negro Wahchi, convertido al islamismo, hirió con su acerado venablo al general enemigo. « He aquí, decia el etiope, enseñando su venablo, el arma

con la que he muerto al mejor y al peor de los hombres.» Aludía con estas palabras al asesinato de Hamza, el tío venerado de Mahoma, á quien habia dejado tendido en tierra sin vida en el monte Ohud, á instigacion de las mujeres, en la época en que adoraba aun á los falsos dioses. Khaled entró triunfante en Hedjer, capital de los revoltosos, perdonó á los habitantes, y se casó con la hija de Modjaa, jefe de la tribu de Hanifa. «¿No te da vergüenza, le escribió Abubekre, buscar los deleites en otro matrimonio cuando la sangre de tantos musulmanes muertos en la pelea humea aun al rededor de tu tienda?»

Entre los muertos eran llorados mas de seiscientos habitantes de Medina, y entre ellos un número crecido de discípulos de Mahoma, cuya memoria era hasta entónces la única edicion con comentarios que habia del Coran. Abubekre temió que los preceptos y las conversaciones del profeta pereziesen con los recuerdos de los sobrevivientes que habian oido la interpretacion de los labios del profeta. Mandó recopilar todos los fragmentos de este libro, escritos los unos en hojas de palma, los otros en pieles de carnero ó de gazela, algunos que no habian sido nunca escritos. Instituyó una especie de concilio, de redaccion y de coordinacion del Coran, concilio compuesto de los oyentes mas asiduos y los mas venerados de

las predicaciones de Mahoma. Les dió el encargo de redactar un ejemplar completo, un tipo del Coran, que sirviera de modelo á las demás copias del libro. Este único ejemplar lo confió á la hija de Omar Hafsa, una de las viudas del profeta.

V

Dueño de la Arabia hasta Aden por sus generales, Abubekre envió sus ejércitos hácia el Eufrates y el Tigris, á la provincia de Irak, dependiente de la monarquía de los persas. Khaled, despues de haber costeado parte del golfo Pérsico, á la cabeza de veinte mil musulmanes reclutados en las tribus del desierto, marchó contra la gran ciudad de Hira, capital de estos árabes, vasallos de los reyes de Persia.

Hormuz, gobernador del Irak lo esperó para presentarle la batalla en El Hafir. La batalla comenzó por un duelo caballeresco entre los dos generales á la vista de los dos campamentos. Muerto Hormuz por Khaled en este combate, dejó su ejército sin jefe. Los persas, resueltos á morir ó vencer, se habian encadenado por los piés los unos con los otros para quitarse

toda posibilidad de huir. En masa perecieron bajo los golpes de las cimitarras y las flechas de los árabes.

Los despojos de los muertos fueron repartidos entre los vencedores. Khaled recibió por su parte la tiara persa de Hormuz, adornada con pedrería de un precio incalculable. Los musulmanes, que hasta entonces habian combatido contra pueblos nómadas y pobres, comenzaron á buscar en la victoria otro premio que el celeste. Esta victoria, llamada la *Jornada de las cadenas*, por alusion á los anillos de hierro con que se habian ligado entre sí los soldados persas, abrió al ejército de Khaled la Babilonia y la Persia. Marchó adelante respetando las propiedades y las costumbres, y no exigiendo mas que un ligero tributo, en señal de sumision, á los habitantes.

Un segundo ejército persa le salió al encuentro hácia Medhar. Lo deshizo, y precipitó á treinta mil persas en el rio. Esta segunda jornada se llamó por este hecho, la *jornada del rio*. Hira se sometió sin resistencia. El terror del nombre de Khaled volaba delante de él. En Hira habia un número muy considerable de cristianos. Khaled llamó á sus jefes y les propuso la eleccion entre tres partidos: ó pagar el tributo, ó abrazar la ley de Mahoma, ó pelear hasta el exterminio de una de las dos religiones. Los cristianos prefirieron pagar el tributo y conservar su culto. « In-

sensatos, les dijo Khaled deplorando su constancia, vosotros sois viajeros extraviados en el desierto: dos guias se os presentan (Jesus y Mahoma), el uno os es desconocido, el otro es compatriota vuestro; y confiais vuestra salvacion al extranjero. »

Durante la conferencia, Khaled dirigia á menudo sus miradas á una bolsita de seda y oro que llevaba pendiente de la cintura el hijo del gobernador de Hira. Despues de haber ajustado las condiciones de la amnistía, Khaled, tomando suavemente la bolsita, la abrió y vió rodar en su mano píldoras, cuya composicion ignoraba. « ¿Qué es esto? preguntó al jóven. — Un veneno fulminante y mortal, le respondió este. — ¿Qué te proponias hacer con él? repuso Khaled. — Librarme te tí muriendo, si no podiamos aplacarte. — Todos tenemos marcada la hora de nuestra muerte, replicó Khaled, y á ninguno le es dado el anticiparla ó retrasarla. » En seguida, pronunciando con fé el nombre de Alá clemente y misericordioso, se tomó la dosis entera del veneno á pesar de los esfuerzos que hicieron los circunstantes para detener su mano. « Nada puede hacer daño al hombre que invoca con fé absoluta el nombre del Todopoderoso, » les dijo. Esperaban de un momento á otro verlo caer inánime á los piés de los persas; ya cubrian su frente un sudor frio y una palidez mortal, signos precursoro-

res de la muerte. Pero estos sintonas desaparecieron en pocos instantes. Enjugó con la mano el sudor helado de su rostro, y recobró el color de la salud.

Este acto de temeridad y fatalismo confundió á los persas. «Si todos los musulmanes, le dijo su sátrapa, son hombres semejantes á tí, el mundo es vuestro.»

Despues de haber organizado á Hira y á todas las provincias adyacentes, Khaled envió á los magnates de la Persia un mensaje concebido en estos términos :

« ¡En el nombre de Alá clemente y misericordioso, Khaled, hijo de Walid, á los señores persas, gloria á Dios que derriba vuestro imperio y aniquila la gloria de vuestro poder! Uníos á nosotros en la fé nueva del islam, y declaraos súbditos nuestros. Que lo queráis ó no, recibiréis nuestra ley, porque os la llevarán hombres que aman la muerte tanto como vosotros la vida. »

VI

La Persia, destrozada por las discusiones de los sátrapas, se hallaba en un interregno. Los generales persas pidieron socorro á los romanos acampados en

las extremidades de la Mesopotamia, fronteras de la Persia. Unidos los romanos con los persas, pasaron el Eufrates, para poner coto á las conquistas de Khaled. En el mismo dia derrotó Khaled á los ejércitos reunidos.

Mientras que su ejército victorioso se aproximaba á Hira, cargado de despojos, Khaled, por un escrúpulo de devocion que sus triunfos le permitian satisfacer, resolvió ir en peregrinacion á la Meca. Se separó de sus soldados bajo el pretexto de llegar ántes que ellos á Hira, y atravesando el desierto en línea recta montado en un dromedario, llegó solo á la Meca, hizo sus estaciones, sin ser conocido, al rededor de la Kaaba, vió al kalifa Abubekre, á quien no habló, volvió á montar en su dromedario, cruzó otra vez la Arabia entera, y se incorporó con su ejército el dia de su entrada en Hira.

VII

En tanto que Khaled se preparaba en Hira para una invasion mas general de la Persia, Abubekre proclamaba en Medina la guerra santa contra los ro-

manos, dueños de la Siria. Sus tenientes partieron con muchas columnas á las diferentes provincias de la Siria.

El emperador Heraclio, cansado de guerras y abrumado por el peso de un imperio que era menester apuntalar á tanta distancia, deseó tratar con sus invasores. Los cristianos fervientes de su córte le echaron en cara su molicie. Los esfuerzos de los romanos no hicieron mas que retrasar la conquista. Los musulmanes avanzaron en la primera campaña hasta el corazon de la Mesopotamia, á la llanura y al borde de los fértiles rios de Damasco. Aquella tierra, aquellas aguas, aquellos verjeles, aquellos muros de Damasco, que destacaban su blancura sobre el fondo verde de los sauces, parecieron á los árabes del desierto una imágen del paraiso terrestre, que fijaban las tradiciones en aquel oasis.

Antes de continuar hasta el Líbano y hasta el mar su mision y su conquista, Abubekre escribió á Amru, uno de sus apóstoles mas resignados, le mandó reunir guerreros de las tribus, y conducirlos á Damasco para que aumentaran el torrente del islamismo. Amru, que gobernaba en paz las tribus pastoriles, recibió con sentimiento aquella orden; pero no vaciló en obedecer. «Yo soy, dijo en su respuesta al kalifa, una de las flechas del islam; Dios ha puesto

el arco en tu mano, á tí te toca lanzar la flecha contra el blanco que has escogido.»

Todas aquellas tropas, mandadas por Abu-Obeidah y Jezid, habiéndose reunido en el largo y ancho valle de la Arabia, por donde el Jordan lleva sus aguas al mar Muerto, aguardaron allí el choque de sesenta mil romanos, mandados por los generales de Heraclio. Sustraído del peligro, Abubekre escribió á Khaled, al vencedor de la Persia, mandándole abandonar un momento sus conquistas para que fuera á reforzar el ejército musulman á Siria. Khaled obedeció. Dividió su ejército en dos cuerpos; el uno se quedó encargado de conservar su conquista, con el otro marchó él hácia la Siria. El desierto que tenia que atravesar con diez mil hombres era inmenso y desconocido. No podia tener mas guia que la de las estrellas. Un beduino se ofreció á conducirlo. Habia que marchar muchas veces por espacio de cuatro y cinco dias con sus noches sin hallar un manantial en aquellos vallecillos de arena. Por otra parte faltaron los pellejos para llevar la bebida necesaria á los hombres y los animales. El beduino, que tenia experiencia de aquellas privaciones, aconsejó á Khaled que echara mano de un recurso cruel pero indispensable para salvar al ejército. Se eligieron las camellas mas grandes y fuertes de Persia; no se les dió agua

por espacio de muchos días, y despues las llevaron á las márgenes de un rio donde bebieron con el ansia propia de su excesiva sed. Aquellas camellas, convertidas en odres vivos, seguian al ejército sin llevar ninguna carga. Todas las tardes se inmolaban unas cuantas, y el agua que contenian servia para los soldados y los caballos del ejército musulman.

VIII

Pero mientras Khaled cruzaba el desierto por obedecer á Abubekre, Abubekre moria en Medina repentinamente, dictaba su testamento y nombraba á Omar por su sucesor.

«Omar será demasiado severo con los musulmanes, le decian sus amigos. — No, respondia Abubekre, él no es severo sino cuando yo soy demasiado blando; pero he observado que cuando soy severo, me pide siempre el perdon de los culpables.» — Introdujeron á Omar.

« Te nombro kalifa, » le dijo Abubekre.

Omar le rogó que nombrara á otro mas digno que él, añadiendo que no ambicionaba aquella suprema

responsabilidad. « Lo sé, y por eso te designo, respondió Abubekre, tú no necesitas el kalifato, pero el kalifato te necesita á tí. » Apoyado en el brazo de su mujer Esma, Abubekre se acercó con trabajo á una ventana que daba á la plaza de Medina, cubierta de gente que esperaba con ansiedad sus últimas palabras. « Musulmanes, dijo con voz apagada, designo á Omar por sucesor mio, ¿ lo aceptais? — Lo aceptamos, » replicó unánimemente todo el pueblo. Y espiró entre el rumor de las bendiciones que alababan su reinado.

« Mi sustento y el de mi familia, dijo Abubekre á sus adioses al pueblo, mientras he sido kalifa, han costado ocho mil dirhems (moneda de poco valor) á los musulmanes. Les lego la parte de jardin que poseo en la campiña de Medina, para indemnizarlos de los gastos que les he causado. »

Tal era el escrúpulo de un hombre que disponia ya de los despojos de la Arabia, del Irak, de la Siria y de una parte de la Persia y del imperio romano.

IX

Omar es conocido : misericordioso de corazon, ab-

soluto en su fé, sin ambicion personal, pero con mucha de conquistar pueblos para su Dios, convenia maravillosamente al establecimiento de una religion que no pedia aun nada para sus sectarios, pero que queria todo el universo para el Dios único.

Apénas aceptó Omar el gobierno, recordó estas palabras del profeta : « No dejes subsistir dos religiones en la Arabia. » Desterró á los cristianos y á los judios del país, y les dió como compensacion tierras y viviendas en la parte conquistada del Irak, de la Persia y de la Mesopotamia.

Miéntas depuraba así la Arabia, el bravo Khaled, que habia llegado ya á Siria con el destacamento del ejército de Persia, y presentaba la batalla á los romanos á la cabeza de cincuenta mil árabes sirios que habian abrazado la nueva fé cerca de Aiznadin. Los romanos la aceptaron, y ciento veinte mil soldados ó auxiliares de Heraclio, segun los historiadores árabes, cuarenta mil segun las crónicas bizantinas, murieron al filo de las cimitarras musulmanas. El general y los principales oficiales de Heraclio se cubrieron la cabeza con sus mantos para morir como César.

El viento de la Arabia derribaba todo. Khaled vencedor, recibió en el campo de la batalla un correo de Medina que le traía la noticia de la muerte de Abubekre y su destitucion. No le sorprendió el resentimiento

de Omar, enemigo personal suyo á causa de la muerte que dió al marido de Leila. Sin vacilar entregó el mando á Abu-Obeidah, designado por Omar para reemplazarle, tan feliz descendiendo como capitaneando á los caudillos de los creyentes.

Los restos del ejército romano, refugiados en el vallecillo del Jordan cerca de Tiberiades, lago famoso por los milagros del Cristo, cubrian todavía á Jerusalem y la entrada del Egipto. Abu-Obeidah quería marchar contra ellos : consultado Omar respondió : « Herid en el corazon. » El corazon era Damasco, vasta y opulenta capital de la Siria y llave de la Mesopotamia. Constantinopla y Alejandría no la igualaban ni en poblacion, ni en industria, ni en fertilidad de suelo, ni en opulencia. Las murallas abrazaban tres rios y jardines deliciosos.

Heraclio envió por las puertas de hierro del Taurus otro ejército para defenderla. Los musulmanes paralizaron su marcha en los desfiladeros de Hems, miéntas que sus principales tribus bloqueaban la ciudad. Damasco se defendió cuatro meses con un valor desesperado. Cuatro ejércitos acampaban delante de sus cuatro puertas sin poder forzarlos. Khaled, que estaba de segundo jefe, mandaba uno de estos cuerpos de ejército. Irritado con esta tardanza, espiaba la hora de acometer una hazaña digna de su

nombre. Una noche que se paseaba solo al rededor de las murallas, oyó en el interior al sonido de los instrumentos de música. El gobernador de Damasco, que habia abierto negociaciones con Abu-Obeidah celebraba el nacimiento de un hijo. La tropa que estaba de guardia en la fortificacion participaba de este regocijo y descuidaba la vigilancia de su puesto. Khaled escogió algunos de los valientes compañeros de sus victorias en Persia. Manda lanzar cuerdas con nudos corredizos á las almenas abandonadas; sube, seguido de los mas intrépidos por aquellas escaleras flotantes á la muralla, pasa á cuchillo á la guardia de la puerta, que abre, se precipita con su ejército dentro de la ciudad, y la inunda de sangre y de llamas. Los habitantes, despertados por el grito terrible: ¡Dios es grande! se prosternan ante los vencedores para implorar la vida y la extincion de las llamas. La firmeza de Abu-Obeidah hace prevalecer la clemencia. Todo lo que es romano se considera despojo de los musulmanes. Los habitantes de Damasco conservan su libertad, sus casas, sus tierras, con la obligacion de pagar un ligero tributo anual de cebada y trigo, igual á la siembra que pongan en cultivo. Los musulmanes no exigian del país conquistado mas que su sustento y el de sus caballos.

X

El ejército musulman se encaminó al valle del Jordan despues de la conquista de Damasco. Otra batalla, dada por ellos al ejército romano, compuesto de ochenta mil hombres, á las márgenes del Jermuk, les abrió la Palestina. En el agua perecieron los que evitaron el hierro del vencedor. Libres los musulmanes de enemigos, dividieron su ejército en muchas columnas para ir de la Palestina al Taurus, y del mar al desierto, con el objeto de someter todo lo vencido.

Omar perdonó á todos los árabes, cuya fé habia vacilado despues de la muerte de Mahoma. Esta amnistía y la noticia de sus triunfos trajo bajo sus banderas á muchos miles de musulmanes. Amr, jefe de los rebeldes, guerrero de estatura colosal y brazo de hierro, vino á él con dos mil combatientes. « ¿Qué sueldo quieres, le dijo Omar chanceándose, puesto que tú solo vales como muchos hombres juntos? —